

LEONARDO CASTELLANI: *"El Ruiseñor Fusilado"* y *"El Místico"*. (Buenos Aires, Ediciones Penca, 1952). 1 Vol. de 314 págs. Impreso en 1975.

En estos dos libros, hasta hoy inéditos —aunque escritos hace 24 años— el Padre Castellani nos revela un mensaje-testimonio prefigurado en la palabra divina que se expresa por amor y tiene una intención soteriológica.

El Ruiseñor Fusilado trata la vida y obras de Jacinto Verdaguer, poeta catalán que apasionó a Europa con su genio y sus desdichas. En cuanto escrito en el lugar de los sucesos, sirve de prólogo al segundo, clave de su historia.

El Místico es un drama en tres actos que restaura el prestigio del teatro griego: entonces los espectadores sabían por la voz "acción" que designaba el arte dramático, cuál era el fondo de lo que iban a ver en la escena.

El Padre Castellani ataca en ambos libros al fariseísmo. En el primero a través de la figura de Juan Verdaguer, especie de mártir y soldado que cae abrazado a su bandera. La vida de este poeta sacerdote, así como su psicología fueron límpidas, pero fue atacado por una tormenta social demasiado grande para sus fuerzas.

Castellani se propone pintar la figura de Verdaguer, este poeta perseguido, atraído por la contemplación.

Con su colorido y pintoresco lenguaje, el autor logra mostrar cómo aquella atracción por la contemplación es criticada hoy por no ser práctica, por denotar excesiva sensibilidad e imaginación en quienes la practican, lo cual no es conveniente para estar "a la altura" del vulgo. Además el poseer una cualidad sobresaliente como ésta impide tener amigos, tal como la sociedad los concibe, aunque el hombre contemplativo tiene la "debilidad" de confiar en sus semejantes y de sentir afecto por ellos.

Incluso vemos como juega la influencia de su medio ambiente que llega a pesar tanto como para hacerlo pasar por loco.

Sin embargo, se distinguen claramente en el relato la voluntad de acero del protagonista así como su genio intelectual en medio del ambiente anti-intelectual y antipoético de la época —siglo XIX— y de la región —un rincón de Cataluña—. Consigue mostrar nuestro autor el poder que poseían los mediocres engreídos apoltronados en el papel de jueces, inapelables castigadores del intelecto y la bonhomia.

Castellani considera a este relato como la historia típica de la mitad de los poetas de nuestro tiempo, oprimidos por la sociedad metalizada y mercantilizada. Y logra salir adelante con la tesis que sostiene: las individualidades singulares chocan necesariamente con una sociedad muy "socializada".

Esta misma tesis es la que sostendrá en su segundo libro: *El Místico*, poniendo el acento en que por seguir los mandatos de los hombres se ha dejado de lado la palabra de Cristo que incita a la misericordia y la justicia. En realidad lo que cambia de nombre es el personaje, que en este relato toma el nombre de Padre Ciso, virtuoso hombre de Dios al que terminan por llamar tergiversador y misticador, además de rebelde y desobediente, cuando en realidad sólo luchó por defender su conciencia, su buen nombre, su obra y su fe.

Desarrolla el autor sus argumentos acentuando sobre todo las señales del fariseísmo: la hipertrofia de la "disciplina", los medios convertidos en fines, la tortuosidad y disimulo en el obrar, la rigidez implacable, las pasiones disfrazadas como la codicia y la vanidad, el atropello a la persona humana, y, sobre todo, el desprecio a la vida, el odio a la inteligencia y los sacrificios humanos. Es notable como ha plasmado Castellani en estos dos relatos la soledad de las grandes almas, que pueden ser admiradas o condenadas por el común de la gente, pero jamás comprendidas esencialmente. Estos grandes solitarios son además siempre conscientes de su misión de claridad sobre la tierra, y en ella se empeñan, llegando hasta el martirio si es necesario.

Obras como éstas, del Padre Castellani, incitan desde sus páginas a retomar el camino del respeto mutuo, base de toda justicia y de toda verdad.

La personalidad de nuestro autor, resulta profundamente entretrejada en estos relatos. No podemos en su caso, como en el de otros autores, separar al hombre de su quehacer específico.

Vemos cómo estas dos obras siguen los vericuetos de su trayectoria íntima y personal. Nunca infiel a sí mismo, como un Quijote encarnado, combate, con la absoluta franqueza que lo caracteriza, todas las herejías allí donde las encuentra.

Utiliza frecuentemente en estas páginas su sólido sentido del humor que va asumiendo distintos matices: a veces resulta cáustico, otras irónico, a menudo candoroso. Este candor que rezuma entre líneas, deleita por sus características, ya que pinta la inocencia del que, a pesar de haber vivido y soportado mucho, no ha perdido la capacidad de asombrarse de todo.

Observamos también el uso de la paradoja, que, en el fondo, se nutre del Misterio, y sacude al hombre con su aparente contradicción. Así además, una enorme sensibilidad puesta al servicio de una aguda capacidad de observación a la que nada se le escapa.

Envuelven también estas páginas honda sagacidad y la aristocracia de alma del autor, que lo vuelve clarividente para palpar la realidad y hacerle percibir la orfandad religiosa en que muchos hombres han caído.

Castellani dice lo que piensa, y en algunas páginas resulta por esto crudo, pero en otras su palabra se lee intencionadamente velada. Esto último sucede cuando no quiere ser entendido sino por los que quieren realmente entender. Pero su estilo no resulta en ningún momento rebuscado, sino claro y conciso.

En suma, encontramos en estos dos libros, capacidad crítica y filosófica, potencia imaginativa y una contextura a la vez apacible, rica y vigorosa.

Desde un punto de vista gnoseológico, estos dos relatos presentan una estimable densidad, caracterizada por la calidad y el tono de su temática.

Tanto "El Ruiseñor Fusilado", como "El Místico", patentizan el constante intento ininterrumpido de su autor de develar a Dios a través de sus diversas tomas de conciencia de la divinidad.

ANA M. INTRONA DE BARRAQUERO